

# LA ÉPICA GRIEGA ARCAICA (CUÉNTAME ALGO DE HOMERO)

---

*Pedro C. Tapia Zúñiga\**

RESUMEN: La poesía épica griega –haya sido como haya sido– es el fundamento, o el principio, de nuestra literatura occidental (no sólo en los cánones épicos, sino también en los dramáticos; que Homero supiera de poesía lírica es lo más natural). Este texto sólo bosqueja una introducción de la épica en la literatura griega y, tras recordar algo de lo que tradicionalmente se cuenta de Homero, reseña lo que se dice de él en los últimos tiempos.



## ARCHAIC GREEK EPIC (TELL ME ABOUT HOMER)

ABSTRACT: Greek epic poetry has always been the foundation or the beginning of Western literature not only in the epic canons, but also in the dramatic ones because Homer's knowledge of lyric poetry was expected. In this article, we will give an introduction of the epic in Greek literature and remember what has been traditionally mentioned about Homer, so that we can reflect on what has been stated about him recently.

PALABRAS CLAVE: Homero, épica griega arcaica, Cilicia, Schrott, *Iliada*, *Odisea*.

KEY WORDS: Homer, archaic Greek epic, Cilicia, Schrott, *Illiad*, *Odyssey*.

RECEPCIÓN: 31 de octubre de 2014.

APROBACIÓN: 17 de noviembre de 2014

\*Centro de Estudios Clásicos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

# LA ÉPICA GRIEGA ARCAICA (CUÉNTAME ALGO DE HOMERO)\*

Intento un bosquejo de los asuntos más relevantes acerca de Homero y sus obras. Comenzaré afirmando que, de todos los poetas que conocemos, ninguno como Homero ha causado tantos problemas y, a la vez, ha dado tantas satisfacciones. Desde sus orígenes, y hasta nuestros días, Homero y sus obras –sobre todo la *Iliada*–, han sido objeto tanto de críticas furiosas como de los elogios más fervientes. Para los amantes de Homero, hablar de la *Iliada* y de la *Odisea* es mantener viva la convicción de la superioridad literaria de esos poemas, es volver sobre su perfección artística, y sobre su autor; sin embargo, después de que ya se ha hablado del divino Homero, del genial vidente, del ciego de Quíos o de Esmirna o de alguna de las siete ciudades que lo reclaman como hijo predilecto; del historiador, del filósofo que con sus epítetos descubrió las esencias de las cosas, del padre de toda filología, de la máxima autoridad en geografía, en religión y en todos los aspectos de la vida habidos y por haber, del padre, poeta y fundador de la literatura occidental, ¿qué más puede decirse?

Comencemos por las críticas, pues éstas aparecieron casi al mismo tiempo que las obras. En el siglo VI antes de Cristo, Jenófanes de Colofón, poeta él mismo, y rapsoda, le reprochó a Homero que sus dioses encarnaran los tipos más ignominiosos y reprobables que hay entre

\* Conferencia impartida en la Mesa Plenaria del 21 de octubre del 2014 en el marco del IV Congreso Internacional de Estudios Clásicos en México, celebrado en dicho instituto de Ciudad Universitaria.

los hombres: ellos son ladrones, adúlteros y mentirosos. Por esos mismos tiempos, Heráclito, consecuente con su *λόγος* divino, razón del mundo y unidad de los contrarios, se opuso a Homero, lo desterró de los festivos y deseó verlo golpeado con azotes. A principios del siglo IV, también Platón reprueba la teología de Homero y explota contra la tragedia, desterrándola de su república; con ello, también desterraba a Homero, a pesar de que al final lo califica como el máximo poeta y el primero de los trágicos. Las críticas y los encomios de las obras de Homero podrían ser objeto de “un gran libro” en el cual podríamos leer, entre miles de cosas, que los encomios y las críticas se acentuaron con la aparición de la *Eneida* de Virgilio, y con la cuestión de “quién de esos dos genios es el príncipe de los poetas”. Y valga apuntar que, durante siglos, el príncipe fue Virgilio, un poeta con rostro, con patria y con sus fechas de nacimiento y de muerte, al contrario de Homero: un ser sin rostro, sin patria y sin fechas: por los mismos tiempos en que aparecen en Grecia sus poemas, Homero desaparece, y nadie sabe quién era ni de dónde venía.

Ahora bien, así como muchas críticas fueron casi perversas y destructivas, muchas otras fueron sanas, basadas en ese insaciable deseo humano de perfección. Por ejemplo, la filología alejandrina, afanada en “reponer” el texto de los poemas de Homero, en general los consideró bien logrados y grandiosos, al grado de que, si algo de dichos textos no le parecía digno de la perfección homérica, recurriendo a la *athétesis*, lo suprimía, o recurría a la declaración de la “no autenticidad” de tal o cual pasaje; es decir, a la declaración de que, merced a ciertos inconvenientes de fondo o de forma, ese pasaje no era de Homero, porque Homero es perfecto. Es famosa la declaración de Aristarco de Samotracia, quien asentó que la *Odisea* terminaba en el verso 296 del Libro XXIII, declarando como no auténtico el resto de dicho Libro y todo el XXIV; del mismo modo, también Aristónico declaró como no auténtico, por indecoroso y adúltero, el lance amoroso de Ares con Afrodita (*cf.* *Od.* VIII, versos 266-369).

Puede verse el mismo deseo de perfección en el comentario del verso 359 del *Arte poética* de Horacio, que, en traducción del doctor Herrera, dice así: “y yo mismo me indigno siempre que el buen Homero dormita”. Y puesto que este poeta romano sigue a Calímaco en otras

partes, cabe pensar que también aquí tiene en la mente los eruditos versos del alejandrino quien, al final del *Himno a Apolo* cuenta y canta entre la admiración y la crítica, refiriéndose a Homero: “Grande es el flujo del asirio río, pero muchas / inmundicias de tierra y mucha hez arrastra en el agua”. Es posible que Calímaco, sutil y breve como acostumbra ser, también quería decirnos que, si queremos saber algo más de Homero, debemos ir a Asiria.

Quizá uno de los ataques más duros fue el que lanzó en 1795 Friedrich August Wolf en sus *Prolegomena ad Homerum*. Lo que se puso en tela de juicio en tiempos de Wolf era la antigua convicción de la grandeza literaria de los poemas homéricos, de la *Iliada*, para ser más precisos; se dijo que este poema no tiene unidad o, mejor dicho, que su precaria unidad procede de un montaje de diversas partes, hecho por uno o varios autores o redactores de talento y aptitud muy discutible, distintos de Homero, el autor de un poema original que debió ser pequeño. La tesis de Wolf se basa en datos o en lugares comunes de su tiempo, y de tiempos anteriores a él: dado que en los siglos de Homero no se conocía la escritura, él era un poeta que improvisaba, era un aedo, no el escritor de una obra literaria como la *Iliada*; que siendo un aedo, cantaba en diversos lugares y bajo diversas circunstancias, y sus cantos no podían tener una forma única; que, condicionado por la memoria, era imposible que se supiera así, de memoria, un poema tan extenso como la *Iliada*, que debe ser el producto de un tiempo más cercano a nosotros, de uno que ya disponía de la escritura. En resumen, que Homero era el representante de la poesía oral. A Wolf y a los de su escuela se les conoce como “analistas”. Se trataba, repitiendo un poco, de un análisis que distinguiera al Homero antiguo, de los nuevos y malos Homeros, y a la breve y buena *Iliada* original, de sus incrustaciones recientes, no auténticas y mal logradas. Contra los analistas alzaron su voz los unitaristas, para defender la unidad del poema y la idea de una única persona llamada Homero. Quizá valió que sólo 32 años después de Wolf, en 1827, Goethe, analista él mismo, más poeta que filólogo, tras dudar y sopesar los pros y los contras, dejó oír su voz sobre dichas tesis y dijo: “Wolf destruyó a Homero; sin embargo, no pudo hacerle nada a su poema”.

Tras siglo y medio de jaloneos, hacia mediados del siglo XX podía decirse que ya ni el más riguroso de los analistas creía en una colección mecánica de canciones independientes, y que, a su vez, ningún unitarista negaba la posterior inserción de ciertas partes en ese todo que interpretaban como una unidad. Dejemos la “cuestión homérica”, no sin anotar que en 1997, Frank Turner la describió como “una pura invención decimonónica, creada por el atrevimiento filológico alemán, por los conceptos románticos de composición y por el historicismo propio de la época”, y recordemos que la *Iliada* y la *Odisea* son los poemas “nacionales” de los griegos, y que están colocados al principio de la literatura occidental bajo el rubro de épica arcaica.

Hablar de poesía épica implica, aunque no se quiera, hacer referencia a otros géneros poéticos, al de la lírica y al de la dramática; para lo que nos interesa, haciendo a un lado los actuales contenidos de dichos géneros, volvamos a la *Poética* de Aristóteles y recordemos que, en dicho libro, el autor nunca define la poesía, y jamás se ocupa de la “lírica”. Nuestras historias de la literatura comienzan con la épica y, como ciertos tratados griegos y latinos comienzan con Zeus, así la literatura griega comienza con Homero, el artesano del ἔπος, de la palabra: la épica es relato (διήγησις); a la épica sigue la lírica, y después de ésta, la tragedia: la dramática es acción (δρᾶμα). Que en la dramática haya relatos, y que en la épica se encuentren dramas, es lo más natural, como es un hecho que tanto en la dramática como en la épica se presentan soplos líricos.

¿Qué diría Aristóteles, si viera este ordenamiento? En su *Poética*, estudia primero y muy extensamente la dramática, y después, con base en la dramática, y brevemente, se dedica a la épica. A la luz de estos hechos, la opinión de Aristóteles parece clara, si recordamos que al final de su libro, tras preguntarse cuál de esos dos géneros es la forma más elevada, él se responde que poéticamente es una cuestión muy difícil, *diaporética*, pero que él se inclina por la superioridad de la tragedia. ¿Y la lírica? Para Aristóteles, lo que no es épica ni dramática, pertenece a otros géneros, a otras especies de la poética; por ejemplo, a la ditirámica, a la aulética y a la citarística, o a otras especies que se sirven únicamente de la palabra y no tienen nombre específico, como la dística

(o elegíaca) y la yámbica, géneros poéticos que se distinguían mediante criterios rítmicos y de contenido.

Que nuestras historias de la literatura comiencen con Homero resulta natural, si se acepta que Homero es anterior a Hesíodo, y que lo primero que se escribió, por razones políticas, fue la épica, representante de toda una tradición oral cultivada por aedos, que mediante fórmulas y versos, improvisaban la sabiduría y los tesoros griegos dignos de relato. Sin embargo, a estas alturas, uno puede preguntarse sanamente si es válido seguir repitiendo que la épica homérica es el principio de la literatura occidental, impecable y digna de los calificativos más grandiosos, y seguir creyendo en que Homero es un genio sin rostro y sin patria, y el más viejo de los poetas de que tenemos noticia, uno que, como los viejos aedos, improvisaba repitiendo cada vez lo mismo, aunque variando cada vez un poco, de acuerdo con los oyentes.

En 1967, el profesor Albrecht Dihle, viendo el aislamiento en que desde los siglos XV y XVI se encuentran las obras de la literatura griega con respecto a los adelantos de otras ciencias, apuntaba que, merced a la canonización de la literatura grecolatina hecha por los renacentistas, tendemos a aislar las obras magistrales de esa literatura, y a verlas básicamente como testimonios de postulados estéticos y morales que hay que reconocer como obligatorios; decía que, bajo esos presupuestos, las condiciones históricas en que surgieron dichas obras tal vez son interesantes, pero no importantes para la valoración de las mismas. Más o menos literalmente, Albrecht Dihle termina sus reflexiones de la siguiente manera: “Un nuevo camino hacia los fundamentos de nuestra civilización sólo puede abrirse a quien formule sus preguntas tomando en serio la tradición, y luego, con base en los nuevos conocimientos científicos, esté dispuesto a corregir o a modificar sus valoraciones tradicionales, es decir, a quien no descuide las posibilidades que tiene el intelecto de liberarse de pautas tradicionales, o de relativizar la validez de las mismas”.

De 1967 a la fecha han pasado muchas cosas; volvamos a la épica y preguntemos, primero, si es ésta, sin más, el principio de la literatura occidental; luego, qué sabemos sobre Troya y Homero, y, finalmente,

qué se dice hoy sobre *la patria de Homero*. En el *New Companion to Homer* de 1997, los editores apuntaban “el amplio desplazamiento en los intereses de los eruditos en la última generación (o en las dos últimas), ellos se alejan de las formas tradicionales del análisis histórico y se dirigen hacia cuestiones más ampliamente culturales. Los análisis históricos y arqueológicos siguen siendo importantes, pero ya no proporcionan un amplio marco de referencia de los estudios homéricos”. Hay que decir que este apunte es válido, pero vale tomar en cuenta algunas de las pocas cosas que tienen que ver con historia y arqueología.

Que Homero y su épica sean el principio de la literatura occidental puede afirmarse, con tal que aceptemos que el adjetivo “arcaico”, de ἀρχή, sólo remite a un principio, ese del que tenemos noticia documentada por escrito, y no confundamos lo arcaico con las ideas de primitivo, verde, imperfecto y torpe, que suelen asociarse a dicho término: si algo, con sus bemoles, es característico de la literatura arcaica, es su perfección técnica. Que la épica homérica sea el principio de la literatura occidental depende también de qué tanto nos sentimos occidentalmente distintos de las culturas del Medio Oriente: desde hace tiempo se acepta que la astronomía nos viene de Oriente, que la medicina nos llegó de Oriente, que las matemáticas las aprendimos de Oriente, que mucha filosofía griega procede de Oriente y que la escritura es legado de Oriente; en síntesis, que en técnica, religión y arte, la cultura griega tomó muchísimos elementos de Oriente. Que, como dice el profesor Szlezák en su *Homero* de 2012, “hasta hoy no sabemos por qué camino y mediante qué mediación lingüística llegó a Grecia desde Mesopotamia esta riqueza literaria”, no significa, como quiere el mismo Szlezák, “que los griegos no eran conscientes de la amplísima participación de los orientales en su herencia literaria”. No es gracioso asumir que los griegos hayan sido tan ingenuos, ni que hayan sido unos plagiarios de los orientales; más bien cabe pensar que, para ellos, sus fuentes eran tan evidentes que no necesitaban citarlas; o que, entre ellos, aún no existía esa tajante distinción entre Oriente y Occidente, y que ellos, igual que los orientales, desde los antiguos tiempos micénicos, iban y venían de Oriente a Poniente, y cabe afirmar que unos y otros se sentían en todos lados como en su propia casa.

Ese antagonismo entre Oriente y Occidente surgió hacia finales del siglo VI y principios del V. Raoul Schrott recuerda este antagonismo en los siguientes términos: “sólo después de las guerras persas, Oriente y Occidente se convirtieron en dos mundos distintos que, como opuestos, no pueden existir: allá, los orientales, afeminados y esclavos del lujo, despóticos y polígamos; acá, los griegos, duramente puestos a prueba, acerados por un árido y miserable entorno, liberales y democráticos”. Antes no era así; en 1966, en los “Prolegómenos” a su edición de la *Teogonía* de Hesíodo, el profesor West concluía: “las grandes civilizaciones están en el Oriente, y desde el principio, el rostro de Grecia estuvo vuelto hacia el sol. Grecia es parte de Asia; la literatura griega es literatura del cercano Oriente”.

Cabe, finalmente, aceptar que Homero es el principio de la literatura occidental, siempre y cuando aceptemos que hablar de su anterioridad con respecto a Hesíodo, sólo puede significar prioridad cualitativa; es decir, sus obras y sus versos son poéticamente superiores, pero temporalmente posteriores con respecto a las obras y a los versos de Hesíodo. No debía extrañarnos que Hesíodo cronológicamente sea anterior a Homero, si recordamos, por una parte, que así está escrito en casi toda la tradición griega, que recuerda a sus viejos poetas, en este orden: Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero; piénsese en Platón y en Heródoto, por citar unos ejemplos. West, en sus “Prolegómenos”, argumentando el *terminus post quem* de las obras de Hesíodo, remata el asunto con las siguientes palabras: “que Hesíodo es más viejo que Homero no es ningún punto de vista revolucionario, [ya lo afirmó así en 1914 nada menos que Bethe, el distinguido erudito homérico], y valdría la pena recordar que hasta finales del siglo IV antes de Cristo, la prioridad de Hesíodo fue ampliamente aceptada”. No sabemos si Homero leyó los versos de Hesíodo, aunque, dada la erudición que muestra en sus poemas, cabría pensar que no sólo leyó, sino que incluso estudió dichos versos, aprendió de ellos y perfeccionó la técnica del hexámetro, de la misma manera en que, después, perfeccionaría la técnica narrativa épica usada en la *Iliada*, para ofrecer una *Odisea* contra cuya unidad y armonía hay muy poco, o nada que decir.

Pasando a la segunda cuestión: ¿qué puede uno decir sobre Homero y su Troya? Valga recordar solamente el *fuit Troia*, expresión preñada con que los latinos querían decir “existió Troya, pero ya no existe”. Gramaticalmente, la palabra *Troía* es el femenino del adjetivo *Troios* (Τρώϊος, α, ον). Sin embargo, con frecuencia, Homero sustantiva el femenino y, mediante Troya (ἡ Τροία), se refiere justamente a la ciudad de la región troya, es decir, a la ciudad que normalmente llama Ilión. En la *Odisea*, Homero habla de Troya 25 veces, y unas 50 veces en la *Iliada*; en algunos de estos versos puede haber duda de si, mediante “Troya”, se refiere a la ciudad o a la región; sin embargo, hay lugares en donde la referencia a la ciudad es innegable; por ejemplo, cuando en la *Odisea* (1.2) habla de “saquear el sagrado castillo de Troya”, o cuando en la *Iliada* (2.141) dice “Troya de amplias calles”, o, para que no haya dudas, cuando tanto en la *Iliada* (1.129) como en la *Odisea* (11.510) habla literalmente de la “ciudad Troya” (πόλιν Τροίην). Dicho de otro modo, Ilión es el nombre propio de la ciudad; Troya es la ciudad de los troyanos. Por eso, cuando se habla de “Troya y Homero” se hace referencia a la ciudad de los troyanos, esa a la que Homero nombra unas 100 veces en la *Iliada* con su nombre propio de “Ilión”.

106

No vamos a hablar de la Troya prehistórica que se remonta al tercer milenio antes de Cristo, esa Troya que hacia el año 1200 antes de Cristo fue la homérica, según los cronógrafos alejandrinos; ni de la Troya ubicada a 4.5 kilómetros de los Dardanelos, donde en 1873 los trabajos arqueológicos de Schliemann encontraron el “tesoro de Príamo”; ni de los posteriores descubrimientos de Dörpfeld, que se extienden hasta 1894 y dividen Troya en IX estratos de los cuales el VI, es decir, Troya VI, es la Troya micénica, y Troya VII, la homérica. Tampoco hablaremos de los trabajos de la Universidad de Cincinnati bajo la dirección de Blegen; ni de las conjeturas y deducciones del profesor Latacz. Todos esos trabajos son dignos de estudio y de encomio, pero no nos sacan la espina de la duda que nos echa en cara la terca realidad: no hay coincidencia topográfica ni arqueológica entre esta Troya y su llanura con la llanura y la Troya de la *Iliada* de Homero.

Ya a finales del siglo I antes de Cristo, el geógrafo Estrabón dudaba de la identidad de la Troya de que hablamos con la Ilión de Homero, y

con buenos argumentos. Estrabón habla de la Tróade y de Ilión en el Libro XIII de su *Geografía*, y parece pedir perdón por lo que va a afirmar con base en sus descripciones, a saber, “esta [Ilión] no parece ser la ciudad de Homero” (οὐ γὰρ ἔοικεν αὕτη εἶναι ἢ καθ’ Ὀμηρον), y no lo es, a pesar de que sus habitantes lo presuman y lo argumenten con base en el poema de Homero; a pesar de que, como cuentan los historiadores, Alejandro Magno, tras su victoria de Gránico, pasó a Ilión, visitó el santuario de Atenea, lo adornó con ofrendas, dio a la aldea el título de ciudad y le prometió infinitos honores.

Dicha controversia llegó a nuestros tiempos, pero desde el siglo pasado ya no se duda de si hay correspondencia entre la Troya de Hisarlik y la Troya de Homero: no hay correspondencia. Lo que se discute es si la discrepancia en la descripción de Troya se debe a que Homero sólo hacía un poema, y no tenía por qué ceñirse a realidades históricas, y si, dado el caso, pudo sacarse de la manga una epopeya tan grandiosa como la *Iliada*. En 1974, el profesor Erns Meyer hizo un análisis del asunto y concluyó con lo que parece un resumen de esta cuestión: “los datos que da Homero llevan claramente a la llanura inferior del Escamandro, donde no hay un asentamiento prehistórico tan significativo como Hisarlik; sin embargo, la pormenorizada descripción homérica de Troya no coincide, para nada, con las ruinas de Hisarlik. No tiene sentido querer descubrir en las ruinas los puntos concretos de esta descripción que sólo obedece a la forma poética. Las ruinas no aportan nada para la cuestión de la historicidad de la guerra de Troya”.

En tal forma, o aceptamos que es poco probable que una leyenda como la de la guerra de Troya haya sido inventada gratuitamente, y, entonces, nos damos a la búsqueda de algo que se parezca más a lo que describe Homero, o bien aceptamos que Troya es pura invención poética, y, entonces, podemos imaginarla en cualquier otra parte. Sin embargo, puesto que debemos estar dispuestos a corregir o a modificar valoraciones tradicionales, apuntemos algo sobre la tercera pregunta, el último tema de estas líneas, el que nos lleva a lo que en 2009 fue reseñado por el escritor y periodista Wolfgang Büscher como “un pequeño milagro alemán, realizado por Raoul Schrott”. Publicado en 2008, el libro de Schrott se llama *Homers Heimat*, y lleva como subtítulo *Der Kampf um Troia*

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

*und seine realen Hintergründe.* La reseña de Büscher es entusiasta hasta el delirio, y exultante hasta lo provocativo. Por si esto pareciera algo exagerado, transcribo algunos de sus apuntes: “[Schrott] escribió el libro-escándalo de la estación: un escándalo para las autoridades, para los profesores y para los clasicistas. Es una revisión total [de la *Iliada*]”. “Lo que Schrott expone acerca del padre fundador de Occidente debía hacer rabiar a los estudiosos de filología clásica, a los estudiosos de historia antigua y a los amigos de Schliemann. Schrott les dice: ‘¡todo es falso!’ Vuestro gran griego no era tal. Ya no busquéis a Homero en la Grecia jónica: él vivió en Cilicia, en el actual recodo de Turquía que da hacia Siria, en donde en otro tiempo se mezclaban pueblos, mitos y antiguas y nuevas culturas dotadas de escritura. Allí él, un escriba probablemente al servicio de los asirios, compuso su *Iliada* a partir de leyendas griegas y de epopeyas orientales antiguas escritas en tablillas de barro. Y también podéis olvidaros de Heinrich Schliemann y de su Troya de los Dardanelos. La guerra de Troya también tuvo lugar en Cilicia”. Etcétera.

Más allá del delirio y de posibles provocaciones, es necesario invitar al estudio de la tesis de Schrott, una antología de historia, arqueología y topografía. Schrott invita al diálogo y a la discusión de su tesis, para la cual reunió y expuso los documentos que la apoyan; “a partir de ya” dice, “pueden refutarla e incluso hacerla pedazos”. Y algo de eso ha sucedido; no ha faltado quien hable de “una tesis llena de fantasías dignas de admiración”, o de “especulaciones hechas con tanta ligereza, que uno sólo puede pasmarse o quedarse asombrado”, o de “un *poema* donde las fronteras entre la ficción y la realidad se esfuman al grado de que no pueden reconocerse”. Desde luego, cabe no estar de acuerdo con la tesis, pero sería bueno ver las razones del desacuerdo. Al contrario, cabe estar de acuerdo con las severas críticas a la traducción de Schrott, basadas –dicen– en su deficiente formación en filología clásica; sin embargo, no habría que confundir la traducción con sus investigaciones sobre Homero y la *Iliada*.

Aquí cabría recordar lo que en 1962 decía George Steiner, hablando de Homero, del Nuevo testamento y de Shakespeare: “Los profesionales están asediados por un hecho curioso: en cada uno de esos tres

preeminentes enigmas de la crítica literaria e histórica, los que han hecho los descubrimientos más brillantes y decisivos han sido precisamente los profanos”. Curiosamente, unos días después de la presentación del libro, el gran Burkert decía: “no pienso que el libro del señor Schrott sea puro desatino. Sin embargo, no creo que la ciencia de la especialidad acepte sus conclusiones”. Vayamos a estas conclusiones.

Casi al principio del libro, hay un párrafo que uno puede glosar, extrayendo las premisas de su tesis: 1) a pesar de su dicción, que se remonta a una tradición oral, la *Iliada* se evidencia progresivamente como un texto, cuya composición fue acuñada por una redacción hecha básicamente por escrito; 2) los versos dejan ver que la *Iliada* se basa en otros textos: en ella emergen paralelos del *Gilgamesh* que, más que un eco de arquetipos temáticos, suenan como adopciones literales, y 3) al lado de la literatura secundaria del *Gilgamesh* y otras epopeyas acacias, se evidencian como modelos otros materiales y motivos semíticos e hitita-hurritas, que llevan a la gran cuestión: ¿cómo y dónde llegó un poeta griego a esas fuentes?

Schrott parece avanzar de lo más conocido a lo menos admitido. En la primera premisa recuerda lo que todos sabemos, que en la *Iliada* hay mucha tradición oral, pero agrega que la *Iliada* no es una simple recopilación de cantos y cuentos que circulaban oralmente, sino que ella fue escrita como cualquier otro libro: Homero la escribió con su puño y letra, sobre papiros o tablillas, de principio a fin, con todos sus libros. No hablemos de la poesía oral; recordemos que el imaginar a Homero escribiendo como cualquier poeta, ya había sido sospechado por Cantarella en su *Literatura griega clásica* de 1967, en los siguientes términos: “si ya unos siglos antes de Homero se escribieron los poemas babilonios e hititas; si la arcilla fue usada en Cnosos, en Pilos y en Micenas para los documentos en escritura lineal A y B; si desde el tercer milenio antes de Cristo los egipcios escribían en papiro, y el uso de la escritura está testimoniado en Creta, entonces nada impide creer –y la razón de la poesía también lo requiere– que los poemas homéricos, desde su composición, se hayan fijado mediante la escritura”.

En cuanto a la segunda premisa, que la *Iliada* se basa en otros textos, e incluye paralelos del *Gilgamesh*, que suenan como adopciones literales,

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

ya lo había asentado Petriconi en 1964 en su artículo “Das Gilgamesch-Epos als Vorbild der *Ilias*”. En su análisis de la muerte de los héroes Gilgamesh y Aquiles, precedida por la misma suerte de sus respectivos amigos, Enkidú y Patroclo, llorados amargamente, Petriconi tenía a la vista los *Estudios homéricos* de Schadewaldt (1938), en los cuales se conjetura que el héroe Memnón posiblemente es un reflejo del reino asirio, y que la muerte de Patroclo es una “pura y libre invención” de Homero. Petriconi anota un tanto irónicamente: “En sus conjeturas sobre Memnón, Schadewaldt va casi hasta los confines del imperio de los asirios. Si hubiera dado un paso más, y con sólo 50 centavos se hubiera comprado un ejemplar del *Gilgamesh*, habría tenido en sus manos la clave para una interpretación objetiva de la *Ilíada*: punto por punto, hay coincidencia entre la muerte de Patroclo y la de Enkidú”. Y, más en serio, Petriconi termina con una reflexión que puede hacernos pensar: “Los tiempos de una filología ‘clásica’ única ya pasaron; escribir sobre la literatura griega sin saber algo de la asiática del cercano Oriente, se ha vuelto algo tan imposible, como, por ejemplo, estudiar la literatura latina sin conocimientos de la griega”.

Tras esas dos premisas, más o menos ya conocidas, Schrott nos recuerda que, al lado de la literatura secundaria del Gilgamesh y de otras epopeyas acadias, en la *Ilíada* se evidencian materiales y temas semíticos e hitita-hurritas; también eso ya se sabía o, al menos, se conjeturaba; el mismo Petriconi decía: “hay que suponer que Homero conoció la literatura asiática del cercano Oriente, pues lo que justamente se le concede al beocio Hesíodo, forzosamente debe otorgarsele al poeta de Quíos”. La tesis de Schrott podría plantearse en los siguientes términos: si se pregunta dónde y cómo un poeta griego tuvo acceso a esas fuentes, preguntémonos por la patria de Homero. Curiosamente, Schrott llega a la patria de Homero sólo marginalmente; lo que le importa son los trasfondos reales de la guerra de Troya. Schrott, pues, se adhiere a los que no creen que dicha guerra haya sido pura ficción. De otro modo, si está claro que la Troya “histórica” no es la Troya que describe Homero, ésta, o algo de ésta, debe existir en algún otro lugar.

Ya oímos algo de su tesis: la Troya de Homero está en Cilicia, la región rodeada por las sierras del Tauro y del Amanó. Por allí, hacia el Este,

se ubican históricamente otros “aqueos”, a quienes los fenicios llamaban “dánaos”, y Homero, dándole un tinte de modernidad a su poema, también los llama “argivos”, de Argos, que cobró importancia a partir del siglo VIII y fundó colonias en Oriente. La *Iliada* es una compilación de fuentes literarias del cercano Oriente e inscripciones asirias que describen, entre otras caídas, la de Babilonia: Homero proyectó esos materiales sobre la ya existente épica griega de la guerra de Troya, y le incrustó las revueltas de los cilicios contra los asirios; éstos son los aqueos, dánaos y argivos; aquéllos, los troyanos. Homero traslada hacia Cilicia los planos topográficos del mito troyano: allí es real la ancha llanura de Troya, y al Escamandro le da las características que responden al río Píramos; allí están, en Karatepe, sobre una colina de 225 metros de altura, las ruinas de algo muy semejante a la Troya de Homero: una fortificación provista de gruesas murallas y muchas torres de defensa, descrita como “sagrada corona de almenas”; aquí pueden verse las ruinas de las dos y únicas puertas de Troya, la del Norte (que, igual que las “puertas Esceas”, da hacia el río), y la del Sur (que respondería a las puertas dardanias); aquí, adentro, hacia el Sur, están, de 55 metros de largo por 45 de ancho, las ruinas del castillo de Príamo, tal como lo describe la *Iliada*: con cincuenta tálamos, unos al lado de otros, para sus hijos y sus respectivas esposas, y diez más, del otro lado, para sus yernos; por allí pueden ubicarse colinas que responden a la de Calicolona y a la de la “saltadora Mirina”, y aquí, finalmente, en el libro de Schrott, puede verse la documentación pertinente, una documentación temática, arqueológica y topográfica que, si no convence a todos, sin duda invita al estudio y a la discusión.

Por allí, en Cilicia, pudo haber vivido Homero, un hombre de varios reinos; quizá era un cilicio al servicio de la cancillería asiria, tal vez, como hoy vemos por todas partes, alguien con dos nacionalidades. Sólo cabe hablar de “quizá, tal vez, probablemente”. Lo importante es que así pueden explicarse sus conocimientos mitológicos y geográficos, y toda la sabiduría oriental que despliega en la *Iliada*, escrita hacia el 660 antes de Cristo. En un apartado casi perdido, “Un retrato de Homero, totalmente especulativo”, Schrott escribe lo siguiente: “Tal vez –y

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

claro, esto es ahora pura especulación— tal vez, únicamente su madre era griega. Su padre quizás era un mesopotamio, uno que llegó a Cilicia en el transcurso de la política asiria de asentamientos, un arameo o un fenicio, más probablemente, quizá, un luvio —contra lo cual habla ese resentimiento que a veces se percibe en la *Iliada* en contra de los tardíos hititas, es decir, contra los troyanos. Y, para seguir con este juego, digamos que, de acuerdo con la ambiciosa temática de la *Iliada*, quizá Homero era todavía un tanto ingenuo al escribirla; en efecto, desde el punto de vista narrativo, la *Odisea* se ve mucho más compacta y equilibrada. El carácter multifacético de la *Iliada*, que se desborda aquí y allá, y en algunos lugares resulta inabarcable con la vista, se presenta como la típica *opera prima* de un escritor ambicioso que, en su idealismo juvenil, por principio, también presenta con desprecio toda riqueza: entre más oro alguien tiene en la *Iliada*, con tanto mayor placer sarcástico Homero le describe su muerte”.

En síntesis, la tesis de Schrott sobre los verdaderos trasfondos de la guerra de Troya deja ver trasfondos reales, históricos, geográficos y arqueológicos; sin embargo, son los especialistas quienes pueden y deben juzgar y hablar de acuerdo con las reglas de sus disciplinas; mientras no sea así, vale repetir lo que decía Catalin Pavel en 2011: “entre menos sabe uno acerca de la *Iliada*, tanto más fascinantes resultan los argumentos de Schrott”. Debemos, pues, estar atentos a los resultados, y dispuestos a liberarnos de pautas tradicionales, o a relativizar la validez de las mismas. Suponiendo que Troya cambie de domicilio, no tenemos que creer lo que, curiosamente, acaba de afirmar el profesor Burkert hablando de la *Odisea*, a saber, “que ganamos certezas, pero perdemos poesía”. Al contrario, sus poemas ganarán dimensión histórica, sin perder nada de su aureola poética; comprenderemos y admiraremos más las reglas de su arte y de sus relatos, y sus comparaciones, descripciones e informaciones frecuentemente envueltas en fórmulas que, sin duda, reformuló y adaptó al hexámetro, nos dirán mucho más de lo que nos habían dicho hasta ahora.

## Bibliografía de referencia

- ARISTÓTELES, *Poética*, 2000, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, introducción, versión y notas de Juan David García Bacca, 2ª edición.
- AUSTIN, Norman, “Was Homer a Poet?”, *Arion*, IX, 1, 2007, pp. 104-137.
- BETHE, Erich, *Homer; Dichtung und Sage*, 1914 (2. Auflage, 1929), Leipzig und Berlin, B. G. Teubner, Zweiter Band: I. Teil, Odyssee; II. Teil, Kyklos, Zeitbestimmung, Nebst den resten des troischen Kyklos.
- BLANK, Thomas, “Homers Heimat ist die Dichtung (Essay anstatt einer Rezension zu Raoul Schrott: Homers Heimat)”, *Gymnasium*, 115, 2009, pp. 469-474.
- BOCCHETTI, Carla, “La geografía de la *Iliada*: una perspectiva cultural”, *Nova Tellus* (anuario del Centro de Estudios Clásicos), *Supplementum* III, 2011.
- BURKERT, Walter, “Das hunderttorige Theben und die Datierung der *Ilias*”, *Wiener-Studien*, 89, 1976, pp. 5-21.
- , *Die orientalisierende Epoche in der griechischen Religion und Literatur*, 1984, Heidelberg, Carl Winter (Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, 1984, 1).
- , *De Homero a los Magos (la tradición oriental en la cultura griega)*, 2002, Barcelona, Acantilado, traducción de Xavier Riu.
- , *Die Griechen und der Orient. Von Homer bis zu den Magiern*, 2003 (3. Auflage, 2009), München, Verlag C. H. Beck.
- , “The Worlds of Odysseus”, en Joan Aruz *et al.* (eds.), *ASSYRIA TO IBERIA at the Dawn of the Classical Age*, 2014, New York, The Metropolitan Museum of Art, pp. 255-257.
- BÜSCHER, Wolfgang, “Homer und sein Nachdichter”, <<http://www.zeit.de/2008/17/L-Schrott>> (25 jun. 2014), reseña a Raoul Schrott, *Homers Heimat. Der Kampf um Troia und seine realen Hintergründe*, 2008.
- CANTARELLA, Raffaele, *La letteratura greca classica*, 1967, Milano, Sansoni-Accademia.
- DIHLE, Albrecht, *Griechische Literaturgeschichte*, 1967, Stuttgart, Alfred Kröner Verlag (Kröners Taschenausgabe, Band 199).
- DRÄGER, Paul, “Homers Heimat, *Der Kampf um Troia und seine realen Hintergründe*, München, Carl Hanser Verlag” (reseña), *Bryn Mawr Classical Review* 2009.08, <<http://bmcr.brynmawr.edu/2009/2009-08-30.html>> (19 septiembre 2014).

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

FINKEL, Irving, “Ashurbanipal’s Library at Niniveh”, en Joan Aruz *et al.* (eds.), *ASSYRIA TO IBERIA at the Dawn of the Classical Age*, 2014, New York, The Metropolitan Museum of Art, pp. pp.68-69.

GILGAMESH *o la angustia por la muerte (poema babilonio)*, 2000, México, El Colegio de México, Centro de estudios de Asia y África, 4ª ed., traducción directa del acadio, introducción y notas de Jorge Silva Castillo.

GÖRGEMANNS, Herwig (Hrsg.), *Die griechische Literatur in Text und Darstellung*, 1991, Stuttgart, Philipp Reclam, Band 1 ARCHAISCHE PERIODE, herausgegeben von Joachim Latacz.

HAAG, Herbert, *Homer, Ugarit und das Alte Testament*, 1962, Einsiedeln Zürich Köln, Benziger Verlag (Biblische Beiträge, Neue Folge, Heft 2).

HESIOD, *Theogony*, 1966, Oxford, Clarendon Press, edited with Prolegomena and Commentary by Martin Litchfield West.

HÖHFELD, Volker (Hrsg.), *Stadt und Landschaft Homers (ein historisch-geografischer Führer für Troia und Umgebung)*, 2009, Mainz, Verlag Philipp von Zabern.

HOMER, *Ilias*, 2008, München, Carl Hanser Verlag, übertragen von Raoul Schrott, kommentiert von Peter Mauritsch.

HOMERO, *Iliada*, 1996, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño.

———, *Odisea*, 2013, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, prólogo, versión rítmica e índice de nombres propios de Pedro C. Tapia Zúñiga, estudio introductorio de Albrecht Dihle.

KOLB, Frank, *Tatort “Troia”*. *Geschichte, Mythen, Politik*, 2010, Paderborn-München-Zürich, Ferdinand Schöningh Verlag.

LATACZ, Joachim, *Troia und Homer (der Weg zur Lösung eines alten Rätsels)*, 2004 (2. Auflage), München, Piper Verlag.

MEYER, Erns, “Troia”, en *Pauly’s Realencyclopädie*, Suppl. XIV, 1974, pp. 809-817.

MORRIS, Ian & Barry Powell (eds.), *A New Companion to Homer*, 1997, Leiden-New York-Köln, Brill.

PAVEL, Catalin, reseña a Christoph Ulf, Robert Rollinger (eds.), *Lag Troia in Kilikien? Der aktuelle Streit um Homers Ilias*, 2011, Darmstadt, WBG, *Bryn Mawr Classical Review*, 2011, <<http://bmcr.brynmawr.edu/2011/2011-10-03.html>>.

- PETRICONI, Hellmuth, “Das Gilgamesch-Epos als Vorbild der Ilias”, en A. S. Crisafulli (ed.), *Linguistic and Literary Studies in Honor of Helmut A. Hatzfeld*, 1964, Washington, Catholic University of America Press.
- SCHADEWALDT, Wolfgang, *Iliasstudien*, 1938, Leipzig, Hirzel.
- SCHROTT, Raoul, *Homers Heimat. Der Kampf um Troia und seine realen Hintergründe*, 2008, München, Carl Hanser Verlag.
- , “Sieben Prämissen einer neuen Übersetzung der Ilias”, en Kofler, Wolfgang, Karlheinz Töchterle und Florian Schaffenrath, *PONTES V: Übersetzung als Vermittlerin antiker Literatur Innsbruck*, 2009, Wien-Bozen, Studien Verlag, pp. 405-413.
- SCHUBERT, Charlotte, “Homers Heimat. Der Kampf um Troia und seine realen Hintergründe”, reseña, *Historische Literatur*, 6/2, 2008, <[http://edoc.hu-berlin.de/e\\_histlit/2008-2/HTML/AG\\_2008-2.php#10919](http://edoc.hu-berlin.de/e_histlit/2008-2/HTML/AG_2008-2.php#10919)> (19 septiembre 2014).
- STEINER, George, *Lenguaje y Silencio (ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano)*, 1982, Barcelona, Gedisa, traducción de Miguel Ultorio.
- STRABO, *The geography of*, 1926-1970, Cambridge, The Loeb Classical Library, vol. VI, books XIII-XIV, with an English translation by Horace Leonard Jones.
- SZLEZÁK, Thomas A., *Homer; oder Die Geburt der abendländischen Dichtung*, 2012, München, Verlag C. H. Beck.
- ULF, Christoph, “Was ist und was will ‘Heldenepik’?”, en Ch. Ulf (ed.), *Der neue Streit um Troia. Eine Bilanz*, 2003, München, Verlag C. H. Beck.
- , Robert Rollinger (eds.), *Lag Troia in Kilikien? Der aktuelle Streit um Homers Ilias*, 2011, Darmstadt, WBG (Wissenschaftliche Buchgesellschaft).
- VERMEER, Hans J., *Troia und Homer (der Weg zur Lösung eines alten Rätsels)*, reseña, *Nova Tellus*, 23.2, 2005, pp. 233-246.
- WEST, Martin Litchfield, “The Date of the Iliad”, *Museum Helveticum*, 52, 1995, pp. 203-219.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.